

Prefacio *Deborah Eade*

La palabra ‘desarrollo’ entró en el léxico de las relaciones internacionales en 1949, justo antes de que el proceso de descolonización comenzase de verdad, y en un momento en el que gran parte de Latinoamérica, la cual había recuperado su independencia formal algunas generaciones antes, estaba experimentando una rápida industrialización y un crecimiento económico basado en exportaciones. El desarrollo era entonces, y continúa siéndolo, ampliamente percibido como sinónimo del estilo de modernización occidental. El subdesarrollo, dentro de esta perspectiva mundial, es por tanto la pobreza extendida que caracteriza a las economías mayormente rurales del Sur; y por tanto el proceso de desarrollo consiste en alcanzar a las economías industrializadas del Norte. Una descripción exagerada, admitida, pero el peso de la ayuda al desarrollo ya sea la oficial o la no gubernamental, aún se centra en el crecimiento económico a nivel macro, y en alguna forma de generación de ingresos a nivel micro, como las soluciones principales para erradicar la pobreza.

¿Qué lugar tiene la cultura en este discurso? Dejando a un lado las teorías antropológicas, ¿Cómo entienden o se enlazan con la cultura las políticas y las prácticas de desarrollo? Tristemente, en la mayoría de los casos se procede como si todas las culturas son, o pretenden ser, más o menos lo mismo: El desarrollo, desde esta perspectiva es un proyecto normativo. La cultura ‘local’ o ‘tradicional’ se ve ahora incluso como un freno al desarrollo, mientras que las agencias de desarrollo internacional y sus contrapartes nacionales se consideran a sí mismas como culturalmente neutrales – sino superiores. Quizás incluso se pueda argumentar que toda la industria de la ayuda se basa en la suposición de que un mayor poder económico implica una mayor sabiduría y por tanto confiere el deber moral, no sólo el derecho, a intervenir en las vidas de los menos afortunados (véase Tucker 1996: 11; Powell 1995). En este marco, la identidad cultural y las prácticas tradicionales son aceptadas siempre y cuando no interfieran con el progreso económico o con los indicadores de desarrollo convencionales; y que no representen una ‘cultura de pobreza’ es decir, comportamientos que impidan a las sociedades o a grupos de personas beneficiarse del desarrollo económico. Por tanto, la cultura está consignada a las esferas supuestamente privadas o subjetivas de las creencias religiosas, los hábitos alimenticios, la vestimenta, las costumbres sociales, la música, el ‘estilo de vida’...etc.: es decir la vivienda más que el gobierno o el trabajo. Mientras todo a su alrededor está cambiando, estos aspectos de la vida de la gente pueden ser vistos por personas externas como atemporales o intocables; y porque todas las sociedades en mayor o menor medida restringen la participación de la mujer en el mundo público, la responsabilidad para preservar lo que las mujeres puedan experimentar como aspectos opresivos de su cultura, no obstante recae sobre ellas. (1)

La comunidad del desarrollo internacional, al desear un periodo mejor, está siendo cada vez más sensible a la relación entre la cultura y el desarrollo. Además de la Década Mundial por el Desarrollo de la Cultura (1988-1997), que por varias razones no creó una gran impresión en las principales agencias de desarrollo, resaltaré cinco de los muchos factores que han contribuido a esto. Uno es el impacto de la caída del Muro de Berlín sobre las políticas y la movilización popular a favor del concepto de que los derechos humanos son tanto universales como indivisibles. Durante las largas décadas de la Guerra Fría, hubo una severa división entre occidente, que daba prioridad a la llamada primera generación de derechos políticos y civiles, y los países dentro de la esfera de influencia soviética o seguidores de la agenda socialista, que enfatizaba la primacía de los derechos sociales y económicos. (El tema de los derechos culturales – donde las relaciones de poder de género son consideradas una subcategoría – no fue una gran prioridad para ninguna de las partes.) Aunque muchos gobiernos del Sur aún mantienen que el propio goce universal de los

derechos políticos y civiles depende de la igualdad social y económica tanto en el ámbito global como en el ámbito nacional, el diseño de parte del agujón ideológico ha abierto un mayor espacio para el debate sobre cómo definir los derechos culturales, y cómo pueden defenderse mejor. (2) En segundo lugar, junto al colapso de una alternativa al neoliberalismo, también hemos visto el surgimiento de ‘políticas de identidad’ en gran parte del mundo occidental y occidentalizado. Esto se refleja en la expresión popular en varias formas de ‘contracultura’, así como en industrias del placer tales como las ‘las músicas del mundo’ o ‘la cultura del mundo’, propagadas por sí mismas con la expansión de la comunicación global barata. Aunque mucho del intercambio intercultural pueda parecer banal, y decididamente una forma apolítica de internacionalización, permite a la gente joven en particular desarrollar un conocimiento sobre y una simpatía hacia diferentes formas de entender el mundo y de relacionarse a través de las culturas de una forma más igualitaria de lo que haya nunca podido ser. Un tercer elemento, epitomado por el Banco Mundial, pero implícitamente adoptado por otras agencias internacionales, es la movilización de ‘las fortalezas y los bienes culturales’ y la ‘atención explícita hacia la cultura en su diseño’ que llevará a mejoras en los esfuerzos para la reducción de la pobreza’. (3) Este argumento es reminiscente de lo que se ha llamado el ‘feminismo instrumental’ del Banco cuando cayó en la cuenta de que la continua subordinación y opresión de la mujer es económicamente ‘ineficiente’ (Besis 2001). Sea lo que fuere, el Banco está ciertamente poniendo su peso en la investigación a alto nivel de la relación entre desarrollo y cultura y está, por virtud de los recursos y la influencia que puede movilizar, haciendo más que la mayoría para incluir estos temas en las agendas de la reducción de la pobreza y de la ayuda. (4) Cuarto, el creciente énfasis en la sociedad civil dentro de la gobernanza global refleja la atención de Robert Putnam y otros hacia ‘el capital social’, el ‘pegamento’ que une a las sociedades más allá de las inmediatas obligaciones de la familia y el parentesco. El fracaso de los externos, e incluso de los internos, para entender como los sistemas de creencias y lealtades intersecan con las aspiraciones y las frustraciones de aquellos que las comparten han sido demasiado claras en los baños de sangre de las ‘limpiezas étnicas’ internas, desde Guatemala a Ruanda a Somalia hasta los Balcanes y más allá. Finalmente, y quizás el más significativo, estamos siendo testigos de un extendido y amplio rechazo del modelo de desarrollo monocultural presuntamente representado por la globalización económica, lo que Ignacio Ramonet denomina *‘la pensée unique’*. Desde pequeños agricultores en India oponiéndose al intento de una compañía estadounidense a patentar el arroz *basmati*, a los activistas de la salud y los gobiernos de Brasil, Sudáfrica, e incluso Canadá exigiendo a las compañías farmacéuticas que reduzcan el precio de las medicinas esenciales, hasta los, en otras circunstancias ciudadanos modelos, que destrozan MacDonalds o Starbucks en Bangalore o en Seattle, o incluso el movimiento *zapatista* en el sur de México, cuya acción inaugural tuvo lugar el mismo día en el que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) entró en vigor, muchas de estas protestas afirman asentarse en algún tipo de resistencia cultural a lo que ellos ven como la dominación de la cultura occidental (especialmente la estadounidense). Su mensaje es que si el desarrollo significa la globalización económica, y que si la globalización económica significa una incluso aún más intensa acumulación de riqueza por unos pocos y la exclusión de la mayoría, entonces para la mayoría de la humanidad el desarrollo es un proyecto arruinado. (5)

En una vena menos positiva, los escritos de gente como Robert Kaplan y Samuel Huntington también se han filtrado (y reflejado) en formas en las que el mundo no-occidental es visto, incluso en los niveles políticos más altos. (6) La previsión de Huntington en 1993 de un ‘choque de civilizaciones’ donde ‘la causa dominante del conflicto será la cultura’ se basa, según Edward Said (2001), en un relato superficial y principalmente ideológico sobre lo que constituyen las civilizaciones, las culturas y las identidades; una que patina sobre ‘las dinámicas internas y la pluralidad de cada

civilización' y que ignora 'las innumerables corrientes y contracorrientes que han hecho posible que la historia [humana] no solo contenga guerras religiosas y conquistas imperiales sino que sea también una de intercambios, fertilización cruzada y participación'. Cualquiera que sea el caso, la visión apocalíptica de Huntington se ha invocado mucho desde los ataques terroristas de Septiembre del 2001 en los EE.UU., y han tendido a encerrar aún más a mucha gente de Occidente en el miedo y en los prejuicios en vez de encauzarlos hacia un debate más iluminado.

Contra este telón de fondo de interés renovado sobre lo que constituye la identidad cultural, especialmente cuando es invocada como respuesta a una amenaza real o percibida, otros entendimientos alternativos a la relación entre la(s) cultura(s) y desarrollo aún pueden encontrar una tierra fértil. Un ensayo publicado en un número especial de la revista *Culturelink* titulado 'La Cultura y el Desarrollo versus el Desarrollo Cultural' reproducía un estudio general de 1998 de Mervyn Caxton. Él señala 'la confusión general que [existe] entre "cultura", en su sentido humanístico, artístico, y "cultura" en su sentido más amplio, antropológico' y entre 'desarrollo cultural per se y el concepto de cultura y desarrollo.' Como Thierry Verhelst y Wendy Tyndale concurrirían, Caxton argumenta que '[todos] los modelos de desarrollo son esencialmente culturales'. La cultura no es, por tanto, una opción extra en el desarrollo o algo de lo que pueda hacerse cargo de la forma en la que una agencia puede tomar los pasos necesarios para asegurar que sus intervenciones no empeorarán la situación de los más vulnerables. Sino que, el desarrollo en sí mismo es un concepto formal, la base para un compromiso intercultural, aunque en términos generalmente desiguales. Caxton (2000: xxx) lo expresa como:

Cuando una gente se enfrenta a un desafío del entorno que requiere respuestas y soluciones, una de las funciones de la cultura es proporcionar el criterio que permitirá seleccionar entre varias soluciones alternativas. Este rol esencial de la cultura es usurpado, y si los criterios utilizados son externos a la propia cultura su capacidad para proporcionar respuestas adecuadas a los desafíos del desarrollo está dañada. Esto es lo que sucede cuando nos basamos en los modelos de desarrollo externos.

Continúa diciendo:

El genio creativo de una sociedad y su identidad cultural están expresados de una forma tangible, práctica por la forma en la que solucionan sus problemas en los distintos ámbitos que son importantes para su adecuado funcionamiento, y los cuales, en su conjunto, pueden ser descritos como una acción de desarrollo. Ya que la cultura de las personas representa la totalidad de su marco para vivir, incorpora todas las respuestas posibles que se podrían dar a las demandas del entorno en el que viven.

Este enfoque holístico encuentra su eco en un volumen reciente, subtítulo 'las mujeres practicando el desarrollo a través de las culturas', y cuyos editores observan que '...el desarrollo tiene lugar en los parlamentos, las fábricas, los juzgados, los bancos, las clases, los mercados, los gremios, los campos de deporte, las editoriales, los hospitales, los cines, los teatros comunitarios, las novelas, e incluso en el hogar', y que sus protagonistas son 'los activistas comunitarios, que se empoderan por si solos al crear comunidades de desarrollo dentro y a través de las culturas' (Perry y Schenck 2001, pp. 1 y 7).

Este es un llanto lejos del tipo de relativismo cultural que nace del miedo a juzgar, y de la dicotomía público-privado referida anteriormente. A pesar de que no descarta completamente el mal comportamiento de los beneficiarios de los proyectos a los que se refería Buvinic (1986), o proporciona una narración simple para explicar su comportamiento perverso (7), establece las bases para un diálogo intercultural más

rico y sostenible que en lo que la mayoría de las agencias de desarrollo se han comprometido hasta ahora.

Notas

1 Tengo buena memoria de una conversación que tuve con el coordinador de una organización *indigenista* (pro-indígenas) guatemalteca. Esta mujer, conocida por su coraje personal al igual que por su capacidad intelectual, me confió que había sido censurada por sus compañeros masculinos porque no era lo ‘suficientemente Maya’. ¿La prueba? Que ella llevaba anteojos (era profundamente miope), utilizaba una vestimenta moderna en vez de la tradicional (aunque utilizar su traje típico la hubiese identificado como refugiada ilegal en México ciudad – y era por supuesto la razón por la que sus críticos también habían adoptado la vestimenta occidental), y utilizaba una licuadora eléctrica en vez del *molcajete* tradicional (una especie de mortero con majadero utilizado para descomponer el maíz antes de cocinarlo – el último utensilio intensivo en mano de obra). Su pregunta era si esos significados culturales no tenían mas que ver con la pobreza y con la opresión de la mujer que con las cosas que los mayas deberían de defender. ‘Las mujeres de mi aldea van descalzas mientras que los hombres tienen sandalias o zapatos’, ella decía. ‘¿Por elección, por que no pueden permitirse unos zapatos, o porque nuestra cultura no se preocupa por hacerle la vida más fácil a las mujeres?’ La siguiente ocasión en la que vi a mi amiga, algunos años más tarde, ella había creado una organización feminista – igualmente comprometida con el gol de basar las políticas de desarrollo de Guatemala en la cultura maya, pero con una crítica perspectiva ‘interna’ sobre qué aspectos de esa cultura podían y deberían ser abandonados.

2 Conforme la falsa división entre las dos generaciones de derechos humanos comienza a evaporarse, ha comenzado a quedar claro que las democracias occidentales no están comprometidas inequívocamente a los principios de universalidad e indivisibilidad: los Estados Unidos es, por ejemplo, uno de los seis únicos países que quedan por ratificar la Convención de 1979 sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women –CEDAW). Dicho esto, el Índice de Desarrollo con relación al género del PNUD sitúa a los Estados Unidos en cuarto lugar después de Noruega, Australia y Canadá, mucho más alto que la mayoría de los países que han ratificado – incluyendo a Arabia Saudita y a los Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, ambos países donde la mujer representa menos de un 10% del total de la fuerza laboral adulta y no tiene ninguna participación en el parlamento.

3 ‘Culture and Poverty: Learning and Research at the World Bank’, www.worldbank.org/poverty/culture/overview/index.htm/, accedido el 9 de Octubre del 2001.

4 Iniciativas apoyadas por el Banco incluyen el Diálogo Mundial de las Creencias sobre el Desarrollo (World Faiths Dialogue on Development -WFDD), que patrocinó el ensayo introductorio de este volumen, y un próximo libro sobre la cultura y la pobreza, que va a ser editado conjuntamente por Vijayendra Rao y Michael Walton, con insumos de académicos líderes en la materia.

5 Un argumento elaborado por un número de escritores post-desarrollo, incluyendo a Esteva y Prakash 1998 y por Kothari 1999.

6 Por ejemplo, el escrito de Kaplan ‘The Coming Anarchy’ fue, según Anne Mackintosh (1997) circulado a todas las embajadas de los Estados Unidos a principios de 1994, poco antes del genocidio de Rwanda.

7 Elora Shehabuddin (2001) utiliza el ejemplo de las mujeres campesinas de Bangladesh que confundieron tanto a trabajadores de ONGs como a observadores religiosos, al utilizar sus nuevos ahorros en ‘una burqa más bonita, más de moda’ para ilustrar que las mujeres no son cegadas tan fácilmente por la otra parte ya sea como las ONGs se imaginan o como los fundamentalistas religiosos temen. Sino que más bien, ellas intentan conseguir lo mejor de las opciones que tienen disponibles.

Referencias

- Bessis, Sophie** (2001) ‘The World Bank and Women: ‘Instrumental Feminism’, en Susan Perry y Celeste Schenck (eds.)
- Buvinic, Mayra** (1986) ‘Projects for women in the Third World: explaining their misbehaviour’, *World Development* 14(5).
- Esteva, Gustavo y Madhu Suri Prakash** (1998) ‘Beyond development, what?’, *Development in Practice* 8(3)280-296.
- Kothari, Smitu** (1999) ‘Inclusive, just, plural, dynamic: building a “civil” society in the Third World’, *Development in Practice* 9(3) 246-259.
- Mackintosh, Anne** (1997) ‘Rwanda: beyond ethnic conflict’, *Development in Practice*, 7(4) 464-474.
- Perry, Susan y Celeste Schenck** (eds.) (2001) *Eye to Eye: Women Practising Development Across Cultures*, London y New York: Zed Books.
- Powell, Mike** (1995) ‘Culture: intervention or solidarity?’, *Development in Practice* 5(3)196-206.
- Said, Edward W.** (2001) ‘The Clash of Ignorance’, *The Nation*, 22 Octubre 2001.
- Shehabuddin, Elora** (2001) ‘Gender and the Politics of Fatwas in Bangladesh’, en Susan Perry y Celeste Schenck (eds.).
- Tucker, Vincent** (1996) ‘Introduction: a cultural perspective on development’, *European Journal of Development Research*, 8(2) 1-21.